

MI RECUERDO MÁS TRISTE

La vida matutina en el campamento de Shaidae en la ciudad occidental de Herat en Afganistán muestra la vulnerabilidad que enfrentan los niños pequeños y los ancianos debido al aire tóxico que respiran. Las tiendas de campaña en su mayoría improvisadas y los ocupantes de una habitación queman cualquier cosa para mantenerse calientes y preparar el té de la mañana.

Son las 6:30 a.m., el sol está detrás de una espesa nube, el famoso viento de Herat está silbando y un escalofrío llega hasta los huesos. Soy recibido por un grupo de personas mayores en el campamento. Su preocupación es la falta de agua, ya que a medida que más personas se mudan al campamento, el suministro y el uso del agua se están convirtiendo cada vez más en un desafío. Haji Aka tiene 63 años y se mudó hace tres años de la provincia de Badghis a este campamento con una familia de nueve miembros debido a la sequía y la inseguridad.

Haji Aka es alto con un gran chal tradicional afgano envuelto alrededor de sus anchos hombros. Sus ojos tristes y su frente arrugada cuentan una historia propia. Le expliqué a Haji Aka sobre la contaminación del aire y el cambio climático, y cómo puede afectar a las comunidades y a las familias, especialmente a los niños. Una preocupación clave es el continuo agotamiento de los niveles de agua en Afganistán, así como el aumento gradual pero continuo de casos de neumonía y otras enfermedades respiratorias entre niños y adultos. Haji Aka se sacude la cabeza y explica la terrible situación en la que se encuentra la gente y cómo no pueden sobrevivir la noche si no queman las cosas que causan la contaminación del aire, "es morir de frío en una noche o vivir con este humo tóxico" y esperar la muerte lenta. Pronuncia Haji Aka sombríamente.

Todos los habitantes del campamento se trasladaron allí debido a la inseguridad, la sequía, la pérdida de medios de subsistencia, el desempleo y la incapacidad de mantener a sus familias. Muchos de los niños en este campamento ya están en desventaja por la pobreza y las privaciones. Algunos ya corren un mayor

MI RECUERDO MÁS TRISTE

riesgo de sufrir conflictos, abusos, violencia y perder sus derechos básicos a la protección, la atención médica y la educación, entre otros. La contaminación del aire es otra amenaza para su salud y bienestar, y otra forma más en la que el mundo los está defraudando.

La mayoría de las personas en Afganistán optan por quemar plásticos, llantas, zapatos desgastados, arbustos y ramitas de campo abierto, pero la mayoría quema llantas en el campamento, y muy pocos tienen carbón.

Para comprender mejor la gravedad de la contaminación del aire en los niños y las familias, decidí visitar una de las habitaciones improvisadas. Era difícil respirar a dos metros de la puerta de la habitación, la habitación estaba oscura, llena de humo. Los niños y su madre Bibi de 45 años tenían tos constante. Fardin, 5, Sarah, 2 y Bibi Ayzat, 12, se reunieron alrededor de la estufa para calentarse y esperar a que se preparara el té de la mañana. Los niños están enfermos desde hace un tiempo, “He pedido dinero para poder llevar a mis tres hijos al hospital por la tos constante, el médico dijo que los mantenga alejados del humo y el aire insalubre”, dice Bibi encogiendo los hombros, “No puedo permitirme comprar madera o carbón para mantener vivos a los niños en este invierno, no tengo más remedio que quemar el caucho que compro por menos de 1 euro el kilogramo”, suspira Bibi.

El duro invierno ha llegado a su fin en Afganistán, hace tiempo que no voy al campamento de Shaidae y no sé si los hijos de Bibi han sobrevivido, pero aún escucho en mis oídos la tos de los niños pequeños, mi corazón se salta un latido cuando recuerdo cómo se quedaron sin aliento, un recuerdo triste que permanecerá conmigo en los años venideros.